

Pio VII tenia formado de él tan elevado concepto, que le designaba francamente como á su sucesor, hasta el punto de haberle dicho, con motivo de cierta cuestion delicada, de que ambos se ocupaban: *Esto lo arreglará despues de Nos vuestra santidad Pio VIII.*

Una parte de los cardenales, segun hemos dicho, pretendia en realidad elegirlo despues de la muerte de Pio VII, empero lo imposibilitaron las complicaciones diplomáticas surgidas en el conclave.

Tuvo la satisfaccion de ver mejorarse la situacion de los armenios católicos, por la mediacion de los embajadores de Francia y de Austria; tomó medidas de conciliacion y dulzura relativamente á la Prusia, echando las bases de un arreglo ó *modus vivendi* de los católicos de aquel reino. Empero, los príncipes de la Confederacion germánica, pertenecientes á la Iglesia protestante, suscitaron dificultades que no alcanzó á orillar el paternal breve dirigido por Pio VIII al arzobispo de Friburgo, y á los obispos de Maguncia, Rottemburgo, Limburgo y Fulda. La persecucion á la Iglesia tomó creces, y se revistió del carácter de un verdadero martirio, pues los católicos habian llevado las concesiones hasta los límites que á sí propia se traza la prudencia.

Por un decreto particular declaró que podia procederse con toda seguridad á la canonizacion del bienaventurado Alfonso María de Ligorio, fundador de la Congregacion de Redentoristas.

No tardó en estallar la revolucion de Francia y la insurreccion de la Polonia. La Iglesia necesitaba conservar un pontífice de las distinguidas cualidades y eminentes virtudes de Pio VIII, pues necesitaba toda la fuerza de carácter, que él poseia, para sobreponerse á la grayedad de las circunstancias, cuando el Señor le llamó á su seno.

Pio VIII entregó su espíritu al Criador el dia 30 de noviembre de 1830.

Durante su pontificado, como hemos dicho, el arzobispo Mastai Ferretti siguió gobernando tranquilamente su archidiócesis, conquistando cada dia mas grados de amor y cariño de parte de sus súbditos.

## CAPÍTULO VII.

### GREGORIO XVI.—RELACIONES DEL ARZOBISPO DE ESPOLETO CON AQUEL PONTÍFICE.—SU TRASLACION Á LA SILLA DE IMOLA Y ELEVACION AL CARDENALATO.

Al estallar en Francia la horrorosa revolucion de fines del pasado siglo, de la que hemos dado minuciosos detalles en capítulos anteriores, un jóven de excelentes cualidades, dotado de alma grande, que habia abrazado el instituto de los Benedictinos Camaldulenses en la capital del mundo cristiano, estudiaba con asiduidad la marcha de los acontecimientos que con tanta rapidez se sucedian, ganoso de presentarse en batalla con el osado jansenismo, que no cedía un punto en su propósito de minar todos los tronos, de echar por tierra la autoridad de la Santa Sede, y de arrastrar los pueblos á la mas funesta anarquía así en el órden religioso como en el político.

Nos referimos al célebre monje Fr. Mauro Cappellari, que mas tarde habia de ocupar el solio pontificio con el nombre de Gregorio XVI.

En 1789, cuando aun no habia llegado á los veinte y cinco años de edad, fue nombrado profesor de teología en su Órden, y al terminar el siglo, que se despidió entre un inmenso océano de horrores, dejando por herencia á su sucesor las mas disolventes é impías doctrinas, era ya un escritor famoso. Á tal título le hizo acreedor su notable obra *El triunfo de la Santa Sede, ó los novadores modernos combatidos con sus propias armas.*

Bien quisiéramos, y por cierto no dejaria de ser de utilidad en la época que atravesamos, hacer un detenido exámen de esta obra, compuesta contra Tamburini y los demás jansenistas de Italia, y aun reproducir algunos de sus bellísimos trozos, tan llenos de purísimas doctrinas; empero tenemos ante la vista un vastísimo campo que recorrer, y en las narraciones que á grandes rasgos venimos haciendo de los pontificados que se sucedieron desde el nacimiento del ilustre Mastai Ferretti, hasta su advenimiento á la cátedra de



san Pedro, no llevamos otro objeto que colocar los cimientos de la obra que emprendemos, porque es necesario que el lector conozca á fondo todo cuanto viene siendo objeto de nuestro relato, para que de esta manera sepa apreciar en su verdadero valor los hechos del gran pontificado de Pio IX. Nos concretaremos, pues, á reproducir algunas líneas que un apreciable escritor consagra en elogio de *El triunfo de la Santa Sede*.

«Hállanse en dicha obra descripciones tan tiernas de los afanes experimentados por el Pastor Supremo, que inducen á sospechar que Cappellari debió haberlos sentido (1). El autor emite sus pensamientos acerca de la naturaleza del gobierno y de la inmutabilidad de la Iglesia. Despues de demostrar la soberanía de los Pontífices romanos por medio de la razón, de la tradición y de la historia, explica el comportamiento de Gregorio XII en la época del concilio de Constanza, y se ocupa de varias cuestiones relativas á esta asamblea. Al fin de la primera parte de su obra, el P. Cappellari descubre la tendencia de los jansenistas á establecer la soberanía del pueblo al despojar al Papa de la parte mas importante de su primacía, y al reducirle á la nueva condicion de jefe ministerial. La segunda parte, ó sea el tratado acerca de infalibilidad pontificia, contiene veinte y seis capítulos, en los cuales se exponen las pruebas de esta infalibilidad y se contesta á las objeciones que á ella se hacen. La obra termina con una punzante advertencia de un jansenista á los protestantes, tras la cual sigue la consiguiente respuesta, y con una demostracion de los puntos de contacto que existen entre una y otra secta. Las selectas pruebas, las sábias reflexiones y las luminosas discusiones en que abunda esta obra son propias para interesar en alto grado á todos los católicos. *El triunfo de la Santa Sede* abrió al P. Cappellari las puertas de la Academia de la Religión católica, siendo uno de los primeros de sus individuos que ofrecieron á la misma el tributo de sus vigilias. Al refutar los sofismas de los racionalistas, ora prueba la existencia de Dios por el consentimiento general de los pueblos; ora establece que la ley natural prescribe tributar á Dios un culto exterior designado con el nombre de religion. Reivindica para el Mesías la profecía de Daniel sobre las setenta semanas, y demuestra que la religion cristiana debe ser y es esencialmente una en sus dogmas y en su moral. Defiende la verdad de la creacion del defecto de irregularidad que se pretende oponer como inconciliable con los atributos de Dios (2).»

Tan profundo é incontestable era el razonamiento del sábio monje, que los jansenistas, satisfechos con calumniarle de mil maneras, no se atrevieron á refutarle, temerosos de una nueva derrota.

Cuando reseñemos la situación del mundo al advenimiento de Pio IX al trono pontificio, veremos de qué modo las sociedades secretas venian trabajando por alcanzar el resultado obtenido ya en gran parte, cual es la ruina de los tronos, y muy especialmente el temporal del romano Pontífice. Los revolucionarios de todos los tiempos parece que poseen un iman con que atraer á los pueblos. Y se comprende fácilmente, toda vez que la primera palabra que sale de sus labios es la de igualdad. ¡Qué bien han explotado esta frase! Los hombres honrados, aun aquellos que poseen menos instruccion, deben

(1) El escritor se refiere á su creencia, que antes ha manifestado, de que el autor de la obra no fue extraño á la última edicion de la misma, hecha en Venecia en 1832, despues de la exaltacion de Gregorio XVI, en la cual debió consignar el resultado de las reflexiones hechas en edad mas madura.

(2) Artaud de Montor: *Historia de los Soberanos Pontífices romanos.—Historia de Gregorio XVI.*

comprender que cuando los modernos reformadores dicen á los hombres: «Todos sois iguales,» falsean el verdadero principio evangélico acerca de la igualdad. Todos los hombres somos iguales ante la presencia de Dios. JESUCRISTO, que murió por todos, que extendiendo sus brazos en el árbol de la cruz abrazó á la humanidad entera, estableció su Iglesia, puerto seguro de salvacion, y admite á la participacion de sus Sacramentos lo mismo al pobre que al rico, al monarca como al menestral, al sábio como al que no tiene el menor conocimiento de las ciencias. Allí, en la presencia del Señor, en la participacion de sus dones celestiales, se halla la verdadera igualdad: es mas grande y mas elevado aquel que mejor corresponde á los beneficios recibidos y que mejor practica las virtudes. Pero ¿se ha de inferir de esto que deba aceptarse la igualdad predicada por las revoluciones modernas, que no es otra cosa que el desprestigio y la ruina de toda autoridad?

El buen criterio la rechazaria, si los mismos Libros santos no la condenasen. «Por mí reinan los reyes, ha dicho el Señor, y los legisladores decretan lo que es justo (1).» Y san Pablo nos ha dicho que «toda potestad viene de Dios, y que á la ordenacion de Dios resiste el que resiste á la potestad (2).» El Omnipotente, que gobierna el universo en peso, número y medida, ha dispuesto muy sábiamente la diversidad de fortunas y las jerarquías sociales para el bien de los hombres. Si así nó fuese, el órden social no podria existir, y necesariamente vendríamos á parar al estado de salvajismo, y no otra cosa se han propuesto los socialistas, de lo que podríamos presentar recientes y lamentables ejemplos. ¿Qué hombre que estime su dignidad de tal, que no haya llegado á un estado de vergonzosa abyeccion, puede aceptar tales sistemas?

El P. Cappellari, defendiendo con valor la autoridad de la Santa Sede, pulverizaba los miserables sofismas de los que habian formado el proyecto de concluir con toda autoridad; y esto es lo que no pudieron perdonarle las sociedades secretas que se agitaban en las tinieblas de la noche impulsadas por un espíritu satánico. Para la revolucion, que ya se dejaba entrever, poco importaba por el pronto las formas de gobierno: su punto de partida, su objeto principal era la ruina de la Santa Sede y la perversion de los pueblos. Lo demás habia de venir por sus pasos contados.

Á consecuencia de la persecucion de Napoleon, el P. Cappellari, como los demás religiosos, tuvo que abandonar la tranquilidad de la celda monacal; y cuando, proclamado Pio VII, Roma gozó nuevamente de tranquilidad y las comunidades religiosas volvieron á reunirse, el P. Cappellari, que fiel observador del carácter de la revolucion pudo perfeccionar su obra, la dedicó al emperador de Rusia, en lo que demostraba su espíritu verdaderamente católico. Si hubiese deseado proteccion, si hubiese entrado en sus cálculos obtener honores ó dignidades, hubiese dirigido la dedicatoria al Sumo Pontífice, puesto que en defensa de sus derechos y autoridad habia sido escrita, ó bien á algun eminentísimo purpurado. Pero ¿qué podia esperar de un emperador cismático? Claro es que al dedicarle su obra no tenia otro objeto que ver si por este medio podia conseguir abrir sus ojos á la luz de la verdad católica. El Czar leyó la obra, reconoció el gran mérito de su autor, y lo recomendó á Leon XII, que ya por aquel tiempo ocupaba la cátedra de san Pedro. El Santo Padre atendió á la recomendacion; hizo examinar la obra por los mas sábios varo-

(1) Prov. VIII, 15.

(2) Rom. XIII.



nes de la corte romana, y convencido de su mérito, llamó al autor, al que felicitó por su trabajo, y poco despues le nombró cardenal de la santa Iglesia. «Este solo hecho, dice un biógrafo de Gregorio XVI, califica todo el mérito de la obra de Cappellari. La recomendó un cismático, y el Papa la premió con un capelo. ¿Qué tal será ella? Si Leon XII la hubiera premiado sin ninguna excitacion extraña, dirian los enemigos de la Santa Sede que el premio era interesado; pero premiarla por la recomendacion de un cismático vale tanto como decir: La verdad estampada en esta obra triunfó de mí; mas yo no puedo confesar este triunfo concediéndole un premio sin perjuicio de mis creencias: tú que puedes verificarlo sin perjuicio de tu autoridad, y que ahora por ella debes hacerlo, ahí la tienes; yo te la recomiendo. ¡Grande triunfo!»

Los jansenistas experimentaron un gran disgusto, y no podian disimular su rabia al ver á su valeroso combatiente adornado con la sagrada púrpura: verdad es que no le oian proclamar obispo; pero miembro ya del sagrado Colegio, podia llegar á ocupar la silla de san Pedro, y conociendo la energía de su carácter, no podian menos de temblar.

El aprecio que Leon XII profesaba al P. Cappellari por su sabiduría y virtudes lo dió á comprender por las siguientes palabras que dirigió al consistorio al tiempo de declararle cardenal: «Recomendable por la pureza y la austeridad de sus costumbres y por sus conocimientos en materias eclesiásticas, ha desempeñado diariamente tantos trabajos en favor de la Santa Sede, que hemos creído deber recompensar con el cardenalato sus desvelos, su adhesion y su celo.» El mismo Leon XII le confió cargos importantísimos, entre ellos el de prefecto de la Propaganda, lugar que siempre ha sido concedido á los mas sábios purpurados por la importancia que tiene.

Cuando aquel Pontífice descendió al sepulcro, ya se pensó en el cardenal Cappellari en el conclave en que fue elegido Pio VIII. Mr. de Chateaubriand, embajador á la sazón de Francia en Roma, le propuso en nombre de su nacion, y decia de él: «Es un hombre de vasto saber, de eminente virtud, y que comprende su siglo.»

Ya vimos en el anterior capítulo cuán breve fue el pontificado de Pio VIII. Una circunstancia bastante propicia se presentó á la revolucion para llevar á cabo los planes de que antes hemos hablado. Las sociedades secretas, extendidas ya en unos países y que trabajaban por infiltrarse en otros, se hacian cada vez mas osadas, y se iban despojando de la máscara con que hasta entonces se habian encubierto. La Iglesia volvió á hallarse viuda. El trastorno era general, y la revolucion quiso caer sobre Roma, apoderarse del dominio temporal, dispersar á los cardenales, y evitar por este medio el que se nombrase un nuevo Papa. Esto era destruir el Catolicismo. ¿Podrian conseguirlo?

De ningun modo.

La barquilla podrá experimentar terribles tempestades, pero no puede sumergirse.

El Pontificado sufrirá en todo tiempo batallas; pero subsistirá siempre, y triunfará de todos los poderes de la tierra, de todos los que se propongan exterminarlo.

¿Qué nos dice la historia de diez y ocho siglos?

Que no pudieron destruirle todos los esfuerzos de los emperadores que vertieron la sangre de un gran número de Pontífices.

Ni los herejes que suscitó el infierno en diversos siglos.

Ni los monarcas que se propusieron en su loco orgullo concluir con él.

Ni la revolucion del siglo XVI, á cuya cabeza se puso el desventurado Lutero, que enarboló el estandarte del protestantismo.

Ni la escuela enciclopédica del siglo XVIII, que ya creyó consumada su obra.

¿Y por qué?

Porque el Pontificado es obra de Dios sostenida por su dedo, y el dedo de Dios no se mueve como la caña agitada por el viento.

Sigamos nuestro relato.

La revolucion avanzaba á pasos agigantados. Los carbonarios habian determinado que en un mismo dia y á una misma hora se verificase un levantamiento en Parma, Módena, Bolonia y otras ciudades, reuniéndose despues todos los patriotas para marchar sobre Roma. Reunidos en la Ciudad santa un considerable número de ellos, querian proclamar la república en la plaza Colonna ó en el pórtico de Octavio. Por una parte se anunciaba la entrada de los austriacos en las Marcas, y por otra el gobierno de Julio nada hacia en favor del órden como no fuera el dirigir amistosos consejos.

En tanto el conclave para dar sucesor á Pio VIII continuaba reunido.

Tal vez el cardenal que presentaba menos simpatías para ser elevado al solio pontificio era el que Dios tenia destinado para contener la marcha impetuosa de la revolucion y salvar la Iglesia. Los cardenales Justiniani y de Albani eran los mas favorecidos. El rey de España Fernando VII rehusó al primero, y la Francia al segundo. Sin tales vetos uno de los dos hubiese ceñido la tiara.

Las circunstancias eran apremiantes: el conclave duraba mas tiempo de lo que fuera de desear atendidos los trabajos de los revolucionarios, y justamente cuando las sociedades secretas desplegaban su bandera, todos los votos se reunieron en favor de un hombre dotado de un carácter dulce y conciliador, extraño á las influencias de las naciones y el mas á propósito seguramente para ocupar la Santa Silla en los dias de prueba por que pasaba. El 2 de febrero de 1831 fue aclamado papa el cardenal Mauro Cappellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI, por la devocion que profesaba á san Gregorio *Magno*, en cuya casa habia tomado el hábito religioso y se habia educado.

Hé aquí el retrato que de este Papa hace un distinguido escritor católico (1):

«Nacido en el año 1765 en Belluna del reino Lombardo-Véneto, Mauro Cappellari debíalo todo á sí mismo: su familia poseia escasísima hacienda; mas como el cielo habia dotado al camaldulense con todos los dones de la inteligencia, pudo sin transicion pasar de la soledad al trono. Entre los resplandores de los apostólicos palacios conserva los humildes hábitos del claustro: sencillo siempre y siempre frugal, hasta rayar en austero, pero revestido con las armas de luz, llevará siendo pontífice la antigua vida de religioso. Teólogo profundo, orientalista distinguido, escritor que en varios libros ha proporcionado esplendentes triunfos á la Santa Sede y á la Iglesia, Gregorio XVI cimienta y afirma su obra haciendo que Roma y la Cátedra de Pedro triunfen con sus virtudes, por las cuales habia de quedar el campo libre, para que señorearan las de sus sucesores.

«Este Papa era de candidez seductora, y usaba dichos agudísimos. Justo

(1) J. Crétineau-Joly.



Por lo tanto con todos, fue la iniquidad el horror de sus labios, y sagaz como si hubiese nacido diplomático, alegre y apacible como un niño y sincero como un mártir, en lo honesto buscaba lo útil... La inocencia de su alma acrecentaba los primores de su corazón.

«Tan lento en juzgar como pronto en obrar, agradábale conocer espontáneamente el mérito de los demás; pues en la ciudad de Roma, donde siempre viviera, ora como admirador ignorado, ora como protector supremo de las bellas artes y las letras, sentía algo parecido á la finura y sutileza del aire que experimentaron los antiguos en el recinto de Atenas. Otorgóle Dios la gracia de no padecer ninguna de las aficciones deparadas á los hombres que viven largos años; y en su ancianidad lozana, con su imponente actitud, jovial candor y majestuoso porte parecíase á aquellas rocas esculpidas por el cincel de los siglos, probando con su conducta, á pesar de cuanto han dicho los moralistas de todos tiempos, que es muy fácil empresa ser toda la vida el mismo hombre. Tal era el Pontífice que con su firmeza á la par que con su prudencia va á detener el vuelo de las revoluciones.»

El obispo de Espoleto, Mastai Ferretti, muy lejos de pensar en que estaba destinado para suceder á Gregorio XVI en el trono del Vaticano, continuaba desempeñando las funciones de su apostólico ministerio, captándose el amor de todos sus diocesanos por su caridad inagotable, don de gobierno y profunda humildad que hacia resaltar mas y mas sus bellísimas cualidades. Aquel varón que habia abierto los ojos á la luz del mundo cuando la mas horrorosa revolucion devastaba la capital de la Francia; que se habia mecido entre el ruido de las batallas intestinas; que habia llorado las aficciones de los sumos pontífices Pío VI y VII, y que veía muy cerca el resultado de los infatigables trabajos de las sociedades secretas, se fortalecía en su corazón, disponiéndose sin saberlo para apurar á su vez el cáliz de la amargura luego que fuese elevado á la altísima dignidad de Vicario de JESUCRISTO en la tierra.

Continuemos el bosquejo del pontificado de Gregorio XVI, señalado desde su principio con los grandes trastornos que agitaron á la Italia. El carbonarismo habia establecido su cuartel general en Bolonia. Cuando el nuevo Pontífice dictaba las mas oportunas disposiciones para contener los desórdenes de fuera, estalló la revolucion dentro de Roma, si bien no contaba con gran número de afiliados. Á no haber sido por la energía y prudencia del Papa, aquella chispa se hubiese convertido en devorador incendio. Siete días despues de su advenimiento al solio pontificio, el 9 de febrero, dirigió á sus súbditos una alocucion llena de ternura, que sirvió para que algunos de los que se habian dejado seducir volviesen al cumplimiento de sus deberes separándose de los calumniadores de su soberano; y al mismo tiempo que tomó las mas prontas y eficaces medidas para contener la insurreccion y que volviese la tranquilidad á la ciudad, empezó á dispensar y conceder beneficios á sus súbditos para ganarse todos los corazones. Abolió en Roma varios impuestos con los que estaban recargados el comercio y la industria, y dictó otras diversas disposiciones no menos benéficas para el pueblo.

En vano el Gobierno de Julio buscaba pretextos para inmiscuirse en los negocios interiores de los Estados de la Iglesia, queriendo encontrarlo en que el Papa carecía de la fuerza necesaria para reducir á los insurrectos. Gregorio XVI se negó á admitir aliados, y sin necesidad de ajeno socorro su-

po conseguir que su autoridad fuese completamente restablecida antes de terminar el primer mes de su pontificado.

Sin embargo, la política francesa hizo su juego, y al fin, despues de obtenido el restablecimiento de la tranquilidad pública, la intervencion tuvo lugar. Hé aquí de qué manera el historiador francés Artaud de Montor nos da cuenta de estos hechos:

«Acogióse bastante bien en Francia una alocucion dirigida por el Sumo Pontífice á sus súbditos, entrados ya en las vías del orden; mas todos los órganos de la prensa liberal se desencadenaron con inaudita violencia contra un edicto expedido en 14 de abril de 1831 por el pro-secretario de Estado, T. Bernetti. Atacóse en todas sus partes ese edicto, tanto las comisiones, como la confiscacion y las restricciones puestas en él á la defensa, y comparósele con la horrible ley de los sospechosos en la época del terror. Asociándose el Gobierno á esos clamores, creyó de su deber invocar cerca del Papa los derechos de la humanidad. El Papa no debió agradecer mucho esos consejos, pues podia responder con razon que, á haberse tomado parte en apaciguar la insurreccion en sus Estados, hubiera sido mas oportuno recomendar á su clemencia á algunos de los rebeldes; mas que despues de haber contribuido, con el auxilio de los periódicos, de emisarios y de toda clase de medios de una propaganda revolucionaria, á atizar el fuego, no era regular que se quisiera impedir que se extinguiera. Mediaron muchas notas entre el embajador de Francia y el ministro del Papa respecto á la evacuacion de las tropas austríacas, manifestando el último algo intencionalmente, y no sin motivo, que el Padre Santo estaba dispuesto á acceder á los deseos expuestos por el Gobierno francés, si el rey Luis Felipe queria contribuir por medio de la poderosa influencia de una declaracion pública á la conservacion del reposo de la Italia y del orden en esta parte central de la Península; comprometiéndose en ese caso el Papa á pedir la evacuacion de las tropas austríacas en los primeros días de julio de todas las Legaciones en que se hallaban concentradas. Finalmente, en 15 de julio de 1831 tuvo lugar la tan deseada evacuacion, la que anunció el Papa á sus súbditos en una proclama. El 31, en el acto de la apertura de las Cámaras, Luis Felipe se expresó en estos términos: «Como lo solicité, las tropas del emperador de Austria han evacuado los Estados romanos. Una amnistía real, la abolicion de las confiscaciones, cambios importantes en el régimen administrativo y judicial; tales son las mejoras que se aseguran á esos Estados, y que nos hacen esperar que no se turbará ya mas la tranquilidad, y que el equilibrio de la Europa se afirmará con el mantenimiento de su independencía (1).»

Rodeado de muchos lazos se vió el Pontífice. La democracia no podia avanzar con rapidez, y sus hombres concibieron la idea de que los reyes trabajasen en favor de su causa, es decir, se propusieron que la reyes muriese á manos de los mismos reyes. Despues del tiempo transcurrido, y cuando hemos visto caer uno tras otro los tronos que parecian mas firmes, y hasta el temporal del romano Pontífice, comprendemos lo bien meditado de los planes formados por la democracia. Á pesar del carácter firme y enérgico del papa Gregorio, se vió obligado, á causa de la intervencion extranjera, á hacer en sus Estados algunas reformas, entre ellas el establecimiento de consejos provinciales, cabildos municipales y estados expuestos al público. Pero en verdad

(1) Artaud de Montor: *Obra citada.*



no eran ninguna de estas reformas las que se apetecían, sino llevar la revolución hasta los últimos lindes.

Al principiar el año 1832 el Papa se vió obligado á solicitar nuevamente la intervencion del Austria, á causa de la rebelion de Bolonia, donde se habia formado una guardia cívica, hallándose los ciudadanos dispuestos á resistir con las armas en la mano á las tropas que llegasen de Roma.

Austria contestó inmediatamente al llamamiento del Soberano Pontífice. Francia no vió con buenos ojos la solicitud del Austria por el Papa, y temerosa de que envolvese planes de conquista, dirigió una expedicion á Ancona, cuya poblacion no fue evacuada hasta 1838.

El papa Gregorio, cuya alma se hallaba contristada por los asuntos que hemos narrado, y porque conocia suficientemente lo mucho que adelantaban en sus planes las sociedades secretas, experimentó un nuevo dolor por aquel acto llevado á cabo por la Francia. El cardenal Bernetti calificó el hecho al dirigirse al conde Saint-Aulaire. «No, exclamó hablando al cuerpo diplomático; desde la época de los sarracenos no se habia visto cosa igual contra la Santa Sede.»

En honor de Gregorio XVI debemos decir que procuró para sus súbditos toda clase de mejoras, á las que correspondieron con la mayor ingratitud.

Si le consideramos ahora como Jefe supremo de la Iglesia, le observaremos atendiendo con celo extraordinario á la multitud de diversos asuntos, velando por los intereses de toda la cristiandad. Al ver que la Polonia trató de sustraerse de la dominacion de los rusos, escribió á los obispos de este país recordándoles el precepto de san Pablo, á fin de que permanecieran sumisos á los poderes constituidos.

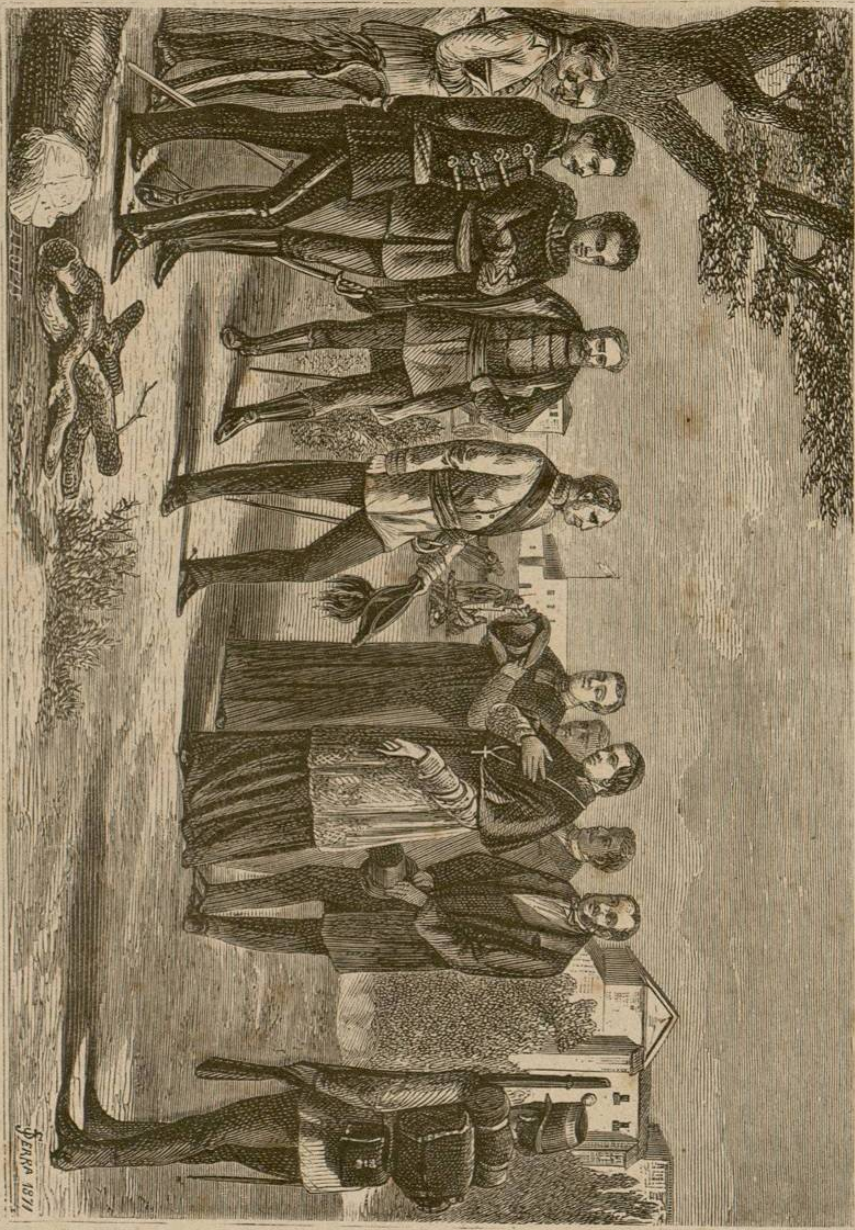
No nos ocuparemos en este lugar de otros diversos asuntos exteriores, y solo diremos que á donde quiera que se cometia una injusticia llegaba la voz del Pastor supremo de la Iglesia.

Comunmente se acusa á Roma por no haber entrado en la via de los adelantos. En ninguna parte han prosperado tanto las bellas artes como en la capital del mundo cristiano, y los Papas han procurado embellecer aquella ciudad con las mejores obras del arte. Gregorio XVI no fue descuidado en este punto. Creó museos de antigüedades, dió impulso á los estudios públicos, y emprendió grandes y útiles obras en diferentes puntos de los Estados pontificios, y entre ellas la de preservar á Tivoli de los estragos que con harta frecuencia causaba el Anio. La basilica de San Pablo fuera de los muros de Roma quedó casi terminada en su reconstruccion al morir tan ilustre Pontífice. En cuanto á los errores, los buscó con santo celo hasta en sus últimas trincheras para perseguirlos.

Gregorio XVI pasó á mejor vida el 1.º de junio de 1846. Al dia siguiente de este acontecimiento el *Diario de Roma* se expresaba en estos términos: «La historia de la Iglesia hará honrosa mencion de los grandes actos de Gregorio XVI, pontífice tan sábio y piadoso, como firme y magnánimo. Quedará para siempre un grato y tierno recuerdo de su afabilidad, de su moderacion, de su clemencia, de su rectitud y de esa apacibilidad de alma tan difícil de conservar en medio de los grandes conflictos de nuestros tiempos.»

Necesario es que hagamos ahora un retroceso en nuestra narracion para ocuparnos de las relaciones que con este Pontífice tuvo el arzobispo de Espoleto, Mons. Mastai.





No eran por cierto días de paz para la Italia los de la elevacion al pontificado de Gregorio XVI.

La nueva revolucion de Francia acaloró los ánimos, y avivó aspiraciones que no se habian apagado todavía desde los acontecimientos europeos de 1789.

La insurreccion estalló en varios puntos de Italia, comprendidas algunas legaciones de los Estados pontificios; la provincia en que Espoleto está enclavada no pudo librarse del incendio.

En las épocas de ira se exhiben los espíritus formados segun la mansedumbre evangélica. La templanza del Arzobispo de Espoleto se manifestaba en todas las ocasiones.

Llegó un día aciago para el pueblo que regia. Una banda de insurrectos, dispersados y perseguidos por los austriacos, se presentó á las puertas de Espoleto pidiendo refugio y pan.

El Arzobispo sale de la ciudad, se presenta al general austriaco, y le suplica con efusion paternal detenga su marcha y se abstenga de seguir persiguiendo á unos pobres fugitivos, prometiéndole desarmarles por la persuasion.

El acento noble, la elocuencia pastoral, las lágrimas del venerable Prelado obtuvieron la gracia apetecida; la division austriaca se detiene, y el Arzobispo solo se presenta á los insurrectos.

«Hijos míos, les dice, yo os he salvado; los austriacos se han detenido ante mis ruegos; mi palabra ha sido el muro interpuesto entre sus bayonetas y vuestros pechos; empero yo he soltado una prenda, fiado en vuestra nobleza y reconocimiento; yo he prometido que, á la intimacion de mi palabra, pondríais las armas, y cesaríais de ser rebeldes á vuestro Pontífice y Rey.»

Era imposible resistir á la palabra que les habia salvado la vida; aquellas huestes exaltadas caen de rodillas ante el Prelado y exclaman: «Sea así; estamos á vuestras órdenes.»

El Arzobispo levanta sus brazos y les bendice.

Las huestes prorumpen en sinceras aclamaciones. Centenares de italianos acababan de ser salvados por la caridad pastoral.

Pío IX recuerda aun aquella escena, como uno de sus triunfos mas gratos.

Empero los insurrectos tenian cómplices en Espoleto; la policia austriaca los descubrió, y trató de castigarlos. Una larga lista de comprometidos fue formada, y el agente del Gobierno se presentó con ella al Arzobispo, del que esperaba la felicitacion. «Hé ahí, le dijo, monseñor, la lista de los comprometidos en las escenas de los días pasados; yo os la presento por si V. Ilma. cree deber agregar á ella el nombre de algun culpable.»

El Arzobispo contestó sonriendo: «¡Ah! permitidme que os diga que no comprendéis mi ministerio ni el vuestro; cuando el lobo quiere tomar alguna oveja, nunca va á prevenir antes al pastor. ¿No soy yo el pastor de mi pueblo? ¿Debo yo acusar á mis ovejas? Á ver, dejadme esta lista.» El Arzobispo toma la lista de los sospechosos y la reduce á cenizas ante el agente.

Este suceso fue pronto conocido del papa Gregorio XVI, el que, segun muchos de sus biógrafos, no recibió la noticia con completo agrado; pues rindiendo justicia á la elevacion de intenciones y pureza impulsiva del Arzobispo de Espoleto, temió que, traduciendo los insurrectos por rasgo de simpatía lo que era un puro movimiento de la caridad, proporcionara lamentable aliento á la causa de la revolucion.